

18357

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

Ciencias

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL

Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CONTADURÍA
INVENTARIO DE 1914
Nº

DIRECTOR:
ROBERTO A. GUIDI

ENERO DE 1914

NÚM. 7



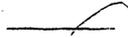
775

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

1318

F. 3111 (23)

EL CANAL DE PANAMÁ
Y LA AMÉRICA ESPAÑOLA



El gran acontecimiento que poco después de un año deberemos ver cumplido, o sea la apertura definitiva del Canal de Panamá al tráfico mundial, en 1915, tiene, aparte de su excepcional importancia intrínseca, proyecciones considerables de relación con casi todos los pueblos del planeta. Proyecciones estas de índole política, comercial o económica, pero todas ellas del mayor valor y alcance, y de las cuales vamos a tratar de dar aquí una somera idea.

La magna empresa entrevista ya por Núñez de Balboa y hecha estudiar por Carlos V y muchos otros posteriormente, tales como Gisborne, Wyse, Sosa, Lesseps, etc., o sea la construcción de aquel paso navegable tan empeñosamente buscado por Colón en sus expediciones y por todos los navegantes árticos del siglo XIX, con el fin de acercar por la ruta del Oeste la emprendedora e industrial Europa a los maravillosos países de Oriente descriptos por Marco Polo, va por fin a ser muy pronto realizada, gracias al esfuerzo y decisión del poderoso pueblo norteamericano.

No hemos de explicar aquí, por ser demasiado recientes y conocidos, los preludios y peripecias de esta obra, su bamboleante marcha en manos de la compañía francesa, los conflictos y desastres jurídico-financieros a que dió origen y, por fin, su triste epítogo con la condena y prisión del anciano e ilustre Lesseps, tan afortunado en Suez como desgraciado en Panamá. ¡Siempre los contrastes de la vida!

Tras un prolongado marasmo que sucedió a ese derrum-

be, bien pronto los Estados Unidos se dieron cuenta de que no debían correr nuevamente el riesgo de dejar semejante vía estratégica en otras manos que las suyas, por la altísima importancia militar y económica que envolvía para cualquier pueblo que la poseyese. Resueltos, pues, a adueñarse de ella, abrieron activas y simultáneas negociaciones con la compañía francesa, concesionaria del istmo, y con el Gobierno de Colombia, soberano territorial, sin perjuicio de agitar constantemente, para hacer presión sobre aquellas, los derechos que tenían adquiridos de Nicaragua para abrir otro canal a través de su territorio. Todo ello, sin embargo, no fué obstáculo para que el senado colombiano rechazase, en 1903, el tratado ad referendum de transferencia, acordado entre su Ministro Herrán, el gobierno de Wáshington y la compañía francesa, mediante el pago a Colombia de diez millones de dólares, amén de una considerable anualidad.

Aquí cabría preguntarse si el rechazo de ese tratado no fué altamente impolítico y antiprogresista, desde que podía relegar para in eternum la ejecución de esa maravillosa obra, a no estar empeñado en ella un pueblo tan práctico y resuelto como Estados Unidos.

No pretendo al decir esto justificar en absoluto la forma harto expeditiva con que Mister Roosevelt se apoderó «*manu militare*» de la zona del canal, la cual no es ciertamente un modelo de respeto al derecho internacional y a la soberanía de los pueblos. Pero hay que reconocer que tal procedimiento era el único adecuado a las circunstancias del momento, o sea a la imperiosa necesidad, universalmente sentida, de allanar de una vez los incesantes obstáculos que se oponían a la apertura de esa magnífica puerta del tráfico mundial, como claramente y con su franqueza habitual lo expresa el ex presidente, ante la universidad de California, en los términos siguientes: «Interesado por el Canal de Panamá, si yo hubiera seguido los tradicionales métodos de rutina, habría enviado al Congreso un serio documento de doscientas páginas, y todavía seguiría debatiéndose el asunto; pero yo tomé la zona del canal y dejé la discusión al Congreso y, mientras allí continúa el debate, los trabajos del canal continúan igualmente».

Al arrojar en tal forma la espada de Breno en la balanza panameña, preciso es reconocer que Roosevelt ha

prestado un gran servicio a media humanidad, si bien ha lesionado temporalmente el patriotismo de Colombia, cuyos intereses y progreso material han de ser al final altamente favorecidos con esa obra.

Por otra parte los precedentes de tales procedimientos, sin tener que recurrir a pueblos ni épocas pasadas, abundan en nuestros días bajo el nombre de Transvaal, Filipinas, el Acre, la Mongolia, Trípoli, Turquía, Marruecos, etc., etc., y todo ello ante la indiferencia o la algarazara de imperios o de repúblicas, que para el caso están al mismo nivel de ideales y de escrúpulos. De aquí que sería oportuno invocar una vez más la famosa frase bíblica de que «quien esté libre de pecado lance la primera piedra».

Otro aspecto muy simpático, pero de eficacia sumamente relativa, es el que se ha querido dar a esa asendereada cuestión de Panamá, con motivo de la reciente visita a este continente del promotor de la misma.

Desde luego, según nuestro modesto criterio, la venida a estos países del ex presidente Roosevelt, como la anterior de M. Roberto Bacón y la actual de otras comisiones yanquis que andan por ahí con pretexto de la Exposición de San Francisco, y esto en vísperas de la gran inauguración que se prepara del espléndido canal, nos parece que tuvo por principal móvil y misión compulsar estos ambientes iberoamericanos, con relación a los títulos, procedimientos, móviles y propósitos desarrollados por su país en la gestión de esa obra.

Tal vez les aconsejó esos viajes el recelo de que en estos pueblos, que se dicen nietos de D. Quijote, pudiera resurgir algo del espíritu de aquél, tan enemigo de entuertos y desaguizados, y a los gritos de Méjico y Colombia se levantasen ecos de protesta y de condenación, por más piatónica e inofensiva que fuese. Había, pues, que tranquilizarlos, darles una mano de lubricante panamericano, con salsa de monroísmo, «verdades, medias verdades» y otros pikles adecuados. Y así se hizo.

Si esos norteamericanos, tan ufanos y engreídos de su riqueza actual, se hubiesen dignado antes estudiar a estas repúblicas, su origen, modalidades, índole y composición, podían haberse ahorrado las cavilaciones y molestias de

aquellos viajes, por otra parte tan llenos de cortesías, homenajes y almibarados discursos.

La nota aquella simpática, a que hicimos alusión, solamente se sintió, aunque en extremo apagada, entre la estudiosa juventud, siempre ingenua y generosa, de aquende y allende los Andes; pero sólo fué un chispazo que se esfumó prontamente entre vapores de incienso, de champagne y de una idiosincrasia tan glacial como suicida.

La vista de estos ejemplos y de otros mil en largos años de América y de análisis de todas sus manifestaciones, hubieron de confirmarnos una vez más en la creencia de que cuanto aquí, allá y en todas partes sucede, es porque así debe ser. Mientras en la tierra impere el egoísmo, la vanidad y la codicia personal o colectiva, es lógico, natural, y hasta muy puesto en razón, que quien se sienta fuerte trate de demostrarlo con puños y pulmones. Los demás, si son débiles, desunidos y, por añadidura, viven entregados a la gresca y al desorden, no tienen que protestar ni quejarse de que la ley del garrote venga a ponerlos en fila, para que no sean obstáculo a la marcha de la civilización y del progreso.

Puede suceder también y, en efecto, así sucede, que esas grescas y desórdenes sean promovidas y alimentadas por pueblos más poderosos para destrozarlos primero, y engullirlos después con mayor facilidad; pero si esto es condenable y contrario a toda moral y justicia, más condenable y bochornoso es aún que agrupaciones de hombres, llamadas por ironía pueblos libres y soberanos, se vendan al oro extraño y, por ambición u otras pasiones bastardas, se entreguen de continuo dentro de su patria a la matanza, al incendio y a la devastación más nefasta hasta llevarla al borde del abismo. Ellos, ellos solamente son los responsables de los males que fatalmente tienen que venir después.

Por estos antecedentes, tan amargos e impregnados de tristeza, es por lo que, cuando oímos con frecuencia ardorosas invocaciones a la raza, al idioma, a la religión y otros lirismos, una fugaz y volteriana sonrisa nos asalta. Hablar de unidad de razas o de idiomas en este continente, donde pasan de cuarenta, a cual más diversas y antagónicas!...

Cuando aquí vemos también a dos o más pueblos idénticos, separados por un río o por una cordillera, pero de un sólo origen, raza, idioma, caligrafía, religión y hasta aire-

de familia, llamarse y tratarse de extranjeros, cuando no como enemigos, un derrumbe de esperanzas e ilusiones altruistas sobreviene a nuestro espíritu, y por reacción inmediata, la visión del próximo porvenir que aguarda a otros de esos pueblos en contacto con soberanías poderosas, llenas de intereses contrapuestos e imperiosos.

Claramente se comprende que aludimos a todas esas repúblicas que el destino colocó al norte de Panamá. El canal de dicho nombre, obra magnífica, bajo el aspecto mundial, deberá ser la piqueta que, una tras otra, demolerá todas aquellas soberanías, transformándolas en dependencias de su coloso vecino, bajo el nombre de protectorados u otros más efectivos.

Los Estados Unidos, mediante un colosal esfuerzo y enorme suma de millones, han realizado por fin la unión de los dos océanos que bañan su dilatado litoral. Antes de esto, cualquiera de sus naves de guerra o de comercio, que quisiera pasar de Nueva York a San Francisco, tenía que circunvalar el Cabo de Hornos, con los consiguientes riesgos, grandes gastos y meses de navegación. En fin, una enormidad.

Hoy, mediante el canal, esa distancia queda reducida a la tercera parte, y en relación todo lo demás. Véase como sólo desde el punto de vista militar, la fácil reunión de todas sus escuadras a través del istmo, en uno u otro océano, cosa antes imposible, ha venido a duplicar su poderío naval sin aumento de la flota. En la fase comercial, las ventajas son aún mayores, pues todos los ricos e industriosos estados del Sur y del Este, vienen a quedar a pocos días de mar de la feraz California y demás costas del Pacífico.

En tales condiciones, sin dárselas de profeta o diplomático, puede cualquier pensador concebir claramente que la gran república del norte no se ha impuesto semejantes sacrificios ni cometido el despojo panameño, arrastrando la protesta y condenación de todo el continente, que por lo demás no surgió en parte alguna, para quedar expuesta, como hoy se halla, a perder en un momento, y con la mayor facilidad, los trabajos del canal, las montañas de dólares que le costó y las inmensas ventajas que, como ya hemos visto, su posesión tranquila y segura puede proporcionarle.

Dándose sus estadistas cuenta de ello, pensaron pruden-

temente en establecer en cada una de las bocas del canal grandes fortalezas con fuertes guarniciones y otros medios de defensa más o menos eficaces. Pero todo esto, que sirve para aumentar el decorado y dispendio de la magnífica obra, no agrega un ápice a la seguridad de su posesión, siendo más bien un estímulo para su pérdida, como es fácil demostrarlo.

En el estado actual del equilibrio naval entre las grandes potencias, difícilmente alterable, bastaría la coalición de dos o tres naciones europeas o asiáticas para destruir o embotellar en pocas semanas toda la flota militar de los Estados Unidos, barriendo su comercio de los mares y dejando en el mayor desamparo las Filipinas, las Hawai y el canal de Panamá. En tal caso, un ejército de desembarco y algunos quintales de dinamita bastarían para hacerse dueño de él, o volar las esclusas, destruyendo por muchos años su tránsito marítimo y con ello todas las ventajas tan caramente adquiridas.

Este diáfano dilema, tan fácil de comprender, no puede haberse escapado a la penetración de los yanquis, como tampoco el natural corolario que surge de aquél, o sea la necesidad imprescindible de adquirir otro camino más seguro que el del mar, es decir, terrestre, que ponga en relación directa y rápida los estados de la Unión con el istmo de Núñez de Balboa. De ahí las recientes y presentes revoluciones mejicanas y la intervención que se prepara. Méjico y las cinco republiquetas centroamericanas tienen que ser fatalmente el gaje de seguridad del canal para los Estados Unidos, mediante un ferrocarril estratégico que cruce sus territorios desde Tejas a Panamá, con la consiguiente ocupación, contralor, protección y demás disfraces del verdadero dominio. Sin ese ferrocarril que permita transportar en breves días grandes masas de soldados y pertrechos a la zona del canal, su posesión será siempre aleatoria y expuesta a graves contingencias. Otra forma de evitar esa peligrosa situación, sería, como el de Suez, neutralizar este canal bajo la garantía de todos los países; pero dudamos mucho que la gran república se avenga a ello. Síntomas hay, por el contrario, y alguno bastante sugestivo, de que tal solución no entra en sus cálculos.

La proyectada y sancionada tarifa diferencial de trán-

sito por el canal, para buques nacionales o extranjeros, que libra de todo gravamen a los norteamericanos e impone a los demás la friolera de pesos oro 1.25 por tonelada de registro, es algo así como un veto, que revela en el pueblo yanqui haber tomado por lo serio la idea de que el famoso canal es de y para su exclusivo uso.

Naturalmente que Inglaterra, Alemania, Francia y demás países lesionados, están que trinan, pero sus rivalidades y desunión, que corren parejas con la de este continente, paraliza toda acción colectiva, mientras la gran república del norte se ríe y sigue su camino. Sin embargo, es muy posible que el indiferentismo glacial con que el mundo entero contempla el zarandeo de Colombia, Méjico y demás compañeros mártires por el águila estrellada, se transforme en un sacudimiento de santa indignación cuando sientan penetrar sus garras en el propio bolsillo, por imposición de la ínclita tarifa. El tiempo dará la norma de la sensibilidad internacional a este respecto.

Volviendo a Méjico y demás hermanos de raza, idioma, religión, etc., conocido ya el «destino manifiesto» que en porvenir no lejano les está reservado a los que baña el Darien, veamos qué reflejos e influencia podrán derivar sobre los de aquende Panamá, dada la actitud contemplativa y musulmánica en que viven reclinados.

Bien visto y considerado, estas naciones del hemisferio sur tienen bastante que hacer con sus propias atenciones y contiendas y, aunque se aman «entrañablemente», no han llegado a convencerse de ser bien correspondidas, por lo cual, con natural timidez, ninguna de ellas se atreve a iniciar negociaciones de unidad y solidaridad continental. Y si en tal forma proceden con sus intereses inmediatos, es natural y hasta lógico que les importe un ardite lo que puede acontecer allá, en el golfo de Méjico, pues, según la frase sacramental, «aquello se halla muy lejos». Puede, pues, llover, tronar y desatar huracanes por allí la «vida intensa», que aquí la llevamos muy tranquila y libre de sobresaltos; y, por otra parte, en circunstancias idénticas, la actitud de aquellos pueblos sería también recíproca. Así, pues, un poco de platónica simpatía debe bastar a servirles de consuelo.

Aunque aún no bien definida, la actitud del presidente

Wilson parece estar inspirada en la tendencia marcada de someter a Méjico y demás repúblicas centroamericanas a su directa tutela y control, siempre en vista de la comunicación terrestre entre el istmo y el territorio de la Unión. Lo que falta saber es la forma y la intensidad de la resistencia que uno y otros pueden oponer a la paternal coyunda que quiere imponérseles.

Méjico, de escasa población blanca, conserva muchos millones de descendientes de aquellos rudos aztecas que tanto resistieron a Hernán Cortés. Hoy, algo más civilizados, con mejores armas y con un país extenso y propicio a una interminable guerra de recursos, podrían prolongar la lucha y hacerla tal vez muy dura para cualquier invasor. Podrían, en fin, bien dirigidos y organizados, llegar a ser, para las voraces y poderosas mandíbulas yanquis, un difícil hueso que roer, a pesar de los contundentes y numerosos argumentos metálicos de toda especie y color que estos poseen y tan bien saben esgrimir.

Pero hace años que se viene desangrando en luchas fratricidas y crueles, y al fin caerá sin fuerzas a los pies del vencedor.

La famosa doctrina de Monroe, tantas veces enarbolada contra supuestos o fantásticos avances europeos en este continente, bien podría ser tenida en más respeto por sus mismos autores, aplicándola igualmente a los avances americanos. Pero éstos han encontrado más práctico transformarla en simple ley del embudo. En cuanto a esa otra joven y pudibunda doctrina Drago, inventada contra el pago compulsivo de deudas y otras extorsiones, aunque de eficacia idéntica a la de la carabina de Ambrosio, también cumplió su misión y puede archivar. Hoy nadie cobra ya nada ni se molesta en pedir: arrebatá lo que puede o lo que encuentra a la mano, seguro, si no del aplauso general, de la amable complacencia de los demás pueblos. Sobre todo si el caído es de la propia raza, lengua, religión, etcétera.

Y a propósito de razas. Sería de gran conveniencia para la etnología de estos países indagar eficazmente la raíz y fundamentos del nuevo y gracioso mote con que escritores franceses e italianos se han dignado obsequiar a

este hermoso continente sur, llamándole con toda seriedad América latina.

Sería del caso saber si los pueblos aborígenes de estas regiones, tales como los aztecas, incas, mayas, quichuas, guaraníes, charrúas, araucanos, pampas y otros cien, más o menos afines, tuvieron algo que ver con los hijos del Lacio. En cuanto a los conquistadores ibéricos, sabido es que fueron el producto de una amaígama multiseccular de celtas, lusitanos, vascos, cartagineses, romanos, cántabros, godos, suevos, vándalos y últimamente árabes, dentro de la cual habría que buscar el latinismo al microscopio. Respecto a la raza negra, huelga todo análisis. Ahora, si lo que se quiere, sea por lo que fuere, es borrar el nombre hispánico, dejen el más real y verdadero, es decir, el de iberoamérica, pero nunca el de América latina, que igual podría llamarse turca, griega o polaca. La raíz de los idiomas nada tiene que ver con la de la raza.

Pero estas bellas cuestiones poco se tienen hoy en cuenta, ante la magnitud de las conveniencias materiales. Que las razas sean latinas, sajonas, eslavas, amarillas, rojas, negras o azules, es cosa de poca monta ante el criterio político y diplomático de las naciones. Habiendo fuerza y riqueza, el problema está resuelto. Las instituciones no son un obstáculo y los idiomas mucho menos. Véanse las semejanzas de toda índole que pueden existir entre la socialista Francia y la autocrática Rusia, lo que no impide que vivan ya largos años unidas en estrecha alianza o contubernio, al solo fin de aplastar a Alemania en cuanto se descuide.

¿Y de la triple alianza? Buscar afinidades de raza, de idioma, índole o modalidades entre sus elementos componentes, alemanes, húngaros e italianos, sería tanto como hallar el parentesco entre los perros y los gatos. Y, sin embargo, ahí los tenemos unidos por la mutua conveniencia, y dispuestos a no dejarse avasallar impunemente por nadie. Inglaterra y el Japón. También sumamente parecidos en las leyes fisiológicas de sus pueblos respectivos, y sobre todo muy vecinos uno de otro. Ahí los vemos aliados igualmente y en la mejor armonía, para la defensa de sus intereses recíprocos.

Estas enseñanzas, que no son sino lógicas derivaciones de la misma humana naturaleza, son las que justifican las

previsiones y razonamientos expuestos anteriormente sobre la probable suerte de los pueblos centroamericanos. Suerte ciertamente merecida, pues la tierra no se ha hecho para fieras que todavía en nuestros días cometen horrores como los de Torreón y otros innumerables. Su impunidad sería un crimen.

La geométrica expansión de los Estados Unidos, tan hondamente allí sentida como eficazmente iniciada en la cuestión Panamá, tiene que desarrollarse fatalmente a expensas de sus vecinos. Después de Colombia y Nicaragua, Méjico ya está al caer, como las demás pequeñas repúblicas, y acaso no tarden en seguirla algunas grandes antillas.

Cuando esté sea cumplido, sí con mengua del derecho e independencia de estados y soberanías más o menos ilusorios, acaso la humanidad y la civilización, que deben primar sobre todo, puedan algún día anotarlos como uno de sus mayores triunfos. Un siglo de espectáculos sangrientos y de farsas institucionales debe ceder ya su puesto a la implantación del orden, la justicia y la verdadera libertad, sea quien sea el que deba establecerla.

Otra expansión más extensa, progresista y ordenada, se vislumbra por el Norte, para cuando el Tío Sam y John Bull tengan alguna reyerta. El Canadá se madura poco a poco, más que para constituir con el tiempo una nacionalidad demasiado ártica y glacial, para ingresar en la gran Unión Americana, cuyos territorios, climas y producciones tan diversos se necesitan y complementan mutuamente. Ya hubo de esto síntomas recientes, que hubieron de malograrse con la caída del último ministerio del Dominio, presidido por Sir Wilfred Laurier. Pero la idea hace camino y también se cumplirá.

Tales son las proyecciones en que creemos orientadas las ambiciones yanquis en el presente siglo; ambiciones, como se ve, no pequeñas ni fáciles de realizar.

En cuanto a este continente sudamericano, salvo las naturales aspiraciones de expansiones comerciales y económicas, no creemos que el imperialismo anglosajón trate de extender sus tentáculos para otra clase de hegemonías, por más que el monroísmo se esfuerce en agitar el ridículo fantasma de la codicia europea hacia estos pagos. Demasiado al tanto estamos ya de su taimada intención a ese respecto,

y de que el viejo continente tiene bastante de que ocuparse, para pensar en conquistar por estos florecientes y adelantados países. En todo caso, si algún grave conflicto sobreviniese, no sería Norte América quien vendría a salvarnos, máxime dados sus procedimientos en el mar de las Antillas. Harto haría con callar o encogerse de hombros, como en ocasión del bloqueo de Venezuela, en 1896, por las flotas de Alemania, Italia e Inglaterra. Estas son «verdades por entero» que están en la memoria de todos.

Pero, conocido el móvil de sus oficiosas solicitudes, basado puramente en celos industriales y económicos, no hay que darle mayor fe, ni otra trascendencia en perjuicio de los pueblos que hasta hoy son los únicos factores de la cultura y progreso de estas jóvenes repúblicas, con la aportación de sus enormes capitales, torrentes de inmigración y vigorosas iniciativas.

Pocos habrá que con mayor atención y admiración más sincera hayan estudiado paso a paso la marcha de esa rápida ascensión de los Estados Unidos, en todas las fases de la evolución humana. Solamente hay dos ejemplos parecidos: el de Italia y el de Japón, aunque en orden muy diferente.

Peró ese conocimiento de lo que aquellos han hecho, de lo que son y de lo que aun han de hacer en esta parte del planeta, no nos ciega hasta el extremo de convertirnos en inconscientes idólatras de sus riquezas, leyes y modalidades que, si tienen mucho de grande y atrayente, no **carecen**, como hemos visto, de lunares y aun de procedimientos tan contrarios a toda moral y justicia. Es por esto que juzgamos dignos de compasiva lástima a tanto político y escritor que, incensario en mano, viven prostrados de hinojos ante ese colosal Budha del Norte, atentos sólo, bien a contemplar su panza repleta de dólares, bien a imitar, aplaudir o temblar ante sus menores gestos.

En estas tierras del sur hay también muy grandes cosas dignas de tenerse en cuenta. Cierito que su desarrollo no alcanzó aún el grado de que son susceptibles, pero en su día también han de arribar a la meta.

Por lo pronto, tres países: Brasil, Chile y la Argentina, con mayor superficie y un tercio de población que aquél,

ya gozan de lo que en su jerga retórica llaman «gobiernos estables», fuertes y bien cimentados. Además, según recientes indicios, éstos parecen también refractarios y resueltos a no dejarse enredar en los manejos de «trusts» más o menos petrolíferos, frigoríficos o ferrocarrileros; lo cual es ya un buen síntoma.

Siguiendo, pues, esta norma por otro tercio de siglo, no sería mucho esperar que el adelanto, la fuerza y la cultura de todos y cada uno de los tres les dará una posición tan sólida y respetada como la que más, en el concierto de las naciones. El sólo peligro estaría en sus mutuas rivalidades o en sus divisiones internas.

Entre las otras siete repúblicas que integran este hemisferio, las cinco mayores, o sean Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela, parece que en los últimos años han dado entrada también, dentro de sus fronteras, al juicio y la sensatez de que tanta falta habían de un siglo a la fecha. Aquellas revoluciones y periódicos trastornos, repetidos ya en la una ya en la otra, cuando no entre todas juntas, con desesperante sincronismo, es satisfactorio ver que ya no atruenan los campos con el ruido de las armas, ni enrojecen villas y ciudades con los siniestros fulgores del incendio y de la sangre.

Hombres más cultos y patriotas tienen las riendas de sus gobiernos y todo hace esperar que el feroz caudillismo y otros atávicos vicios vayan perdiendo su crédito entre aquellas abigarradas poblaciones.

En tren de paz y concordia, y ayudados por el riel y por la escuela, todas estas nacionalidades tienen deante de sí un porvenir admirable. Dotadas por la Naturaleza de dones incomparables, sólo les falta atraer la palanca con que deben removerlos. Esto es: los capitales y los brazos de la Europa, tan inteligentes y fecundos por doquier se desparraman. Dígalo si no esta república.

El canal de Panamá y su próxima apertura aporta la ocasión más soñada y favorable para la realización de esas visiones. Una ojeada sobre el mapa sudamericano bastará para demostrarlo.

La oportunidad de ese suceso y su incalculable trascendencia para la vida de aquellos pueblos es cosa que escapa a todo cálculo y previsión. Providencialmente agru-

padados en torno de la gran ruta hasta hoy fieramente cerrada, quedaron por ello mismo en un lánguido aislamiento de los centros productores de la industria, de la ciencia y la fortuna. Pero esto pronto va a ser radicalmente modificado. La puerta va a ser abierta y la ola del progreso va a invadir esas regiones con impulso irresistible. Bien pueden entonar el *hossana* redentor.

Las riquezas dormidas en las costas y planicies, en los ríos y montañas de esas risueñas repúblicas, han de estarse estremeciendo, como preludio de un próximo despertar. Pero este tema es muy vasto para ser tratado cual merece en el estrecho límite de un artículo, por lo cual aplazamos su estudio, y acaso en otra ocasión podamos desarrollarlo.

Habiendo sido el objeto de esta disertación dar solamente una idea de la influencia política y social que el gran acontecimiento aludido puede ejercer sobre el mundo americano, vamos a concluir tratando de sintetizar con toda sinceridad, claridad e independencia de juicio, el que nos sugiere su atento estudio y evolución.

Ya hemos visto que desde que la fiebre imperialista se apoderó de la patria de Washington, atizada por la ambición de los «trusts» y de la prensa amarilla, las intrigas solapadas o los bruscos golpes de mano han llovido sobre sus vecinos con frescura y desparpajo verdaderamente encantador. «*Les affaires sont les affaires*».

Hemos visto de igual modo la no menos frescura y cómodo con que americanos, europeos, chinos y polinesios han contemplado esos atentados y cuya impasibilidad nos hace a todos dignos de figurar en el Nirvana.

Y por fin estamos viendo, y esto ya por largos años y sin trazas de acabarse, las deplorables revueltas, los incesantes motines civiles y militares, las destituciones, robos, asesinatos, combates sin tregua ni cuartel, la devastación en masa de esa hermosa y desdichada Centro América, y todo ello en nombre de independencias y soberanías que habría que maldecir, si no estuviesen abonadas en el mundo por muchos y muy nobles ejemplos.

De otra parte, viene con lógica incontrastable la imperiosa precisión para la Unión Americana de reforzar ampliamente la defensa del Canal, y esto no por medio de fortalezas ni de fuerzas permanentes en dicho punto, que podrían

ser fácilmente aislados o sucumbir en clima tan mortífero. No hay más forma de conseguirlo que buscar la vía terrestre apoderándose del territorio de Méjico y de las otras repúblicas situadas más al sur, u obligarlas, por medio de tratados - grilletes a permitir que aquella disponga de los mismos como de cosa propia. El dilema no tiene otra solución, como el tiempo se encargará de demostrar.

Ahora bien, ¿podrá esto suceder así, lisa y llanamente o traerá ello aparejado complicaciones y tormentas por el lado de Europa o del Japón? La fatídica tarifa diferencial puede ser el punto negro, la nubecilla lejana y precursora de la borrasca deshecha; pero tal eventualidad nos parece aún más lejana, dada la armonía y acuerdo que reina en el viejo mundo.

De lo que sí estamos ciertos, y en ello han de acompañarnos cuantos sigan la marcha de ese grave asunto, es de que esta tropical y deliciosa Sud America, es decir, sus diez repúblicas, aunque se hunda medio cielo, no dirán esta boca es mía, ai menos oficialmente. Sólo que algún ramalazo le tocase a alguna de ellas, lo que también es posible, conmovería a los apáticos, aunque siempre de acuerdo con el propio interés y la distancia. No hay ya alcaldes de Totana capaces de morir porque a un su amigo le hicieron corte el chaleco.

El obrar así, aunque muy puesto en razón, dado estos prácticos tiempos, no deja de llevar también riesgos aparejados. Todo egoísmo debe tener su límite por aquello de las «barbas de tu vecino»... etc. El «espiéndido aislamiento» tuvo ya también sus quiebras como es bien sabido. De aquí se deduce que si hay en estos países políticos dignos de ese nombre, puesto que tienen tiempo, miembros y buena ocasión, no harían mal en ir tejiendo un acuerdo o «entente sudamericana» que unifique su acción y su fuerza ante cualquiera eventualidad. Y esto puede realizarse aun siendo de la misma raza, idioma, religión, etc.

FEDERICO CORREA.